

CARLOS BARBARITO

***EL LUGAR DE LAS APARICIONES***

*Prólogo de Carlos M. Luis*

*Dibujos de Mónica Goldstein*

Carlos M. Luis

## Prólogo

Acabo de recibir del poeta Carlos Barbarito algunos datos biográficos relacionados con los primeros años de su vida. Entre los mismos entresaco los siguientes: 1.- Sus primeras lecturas tuvieron que ver con relatos acerca del Diluvio. 2.- A esas lecturas le siguieron *El Hombre con la Máscara de Hierro*, *Alicia en el País de las Maravillas* y las novelas de Jules Verne. 3.- Su mamá le relataba historias locales donde un *ojo de mar* se tragaba jinetes y caballos. En otra aparecía un hombre con cara de oveja. 4.- La fuerte impresión que le causaran estos versos del poema *El Mar* de Borges: *Antes que el sueño (o el terror)/ tejiera mitologías y cosmogonías...* Como telón de fondo aguas, truenos, relámpagos y el primer arco iris avistado desde el interior de una casa vetusta, en un pueblo con nombre revelador: Pergamino. Todos estos datos contribuyen a situar el ambiente físico y espiritual de una obra, que con el paso del tiempo, fue tomando otros rumbos. Si bien es cierto que los sedimentos de experiencias pretéritas siempre quedan anidados en la memoria dando sabe Dios qué resultados, también es indudable que el presente vuelca sobre nosotros sus tesoros y detritus. De toda esa combinatoria de vivencias lejanas y actuales, se nutre una obra, en este caso poética, que ahora el lector tiene en sus manos. Pero la poesía es otra cosa. No tiene por qué narrarnos el pasado, ni tomar nota de lo acontecido. El poeta no es un historiador o un notario. Es alguien que vive en las antípodas, en búsqueda constante de un lenguaje que lo amarre a lo que va descubriendo durante su tránsito por lo que solemos entender como la existencia.

Nada más ajeno a las artimañas de la realidad, que el tiempo poético hipostasiado en la palabra. El tiempo se convierte en un lugar donde ocurren las apariciones. De ahí que el título de la presente colección de poemas de Carlos Barbarito, nos sugiere algo que ya los románticos presentían que iba a convertirse en su gran invención: el surgimiento de la mirada interior. Mirar al tiempo como un lugar de apariciones nos hace retornar a uno de los grandes temas que siempre ha merodeado la historia del pensamiento, y de la poesía en particular. Esa latencia de lo subjetivo que encontró un océano inexplorado de emociones, parece que no caló tan hondo en el idioma español durante la época romántica. En lo visual, sin embargo, Goya recogió todos los fantasmas que España había dejado guardados después de su época dorada, para recrearlos bajo figuras desconcertantes que apuntaban hacia la trastienda del inconsciente. Goya a su manera, salvó a España de no quedarse fuera de uno de los procesos más apasionantes de la historia. Pero en la palabra hubo que esperar a que el modernismo americano le diese un nuevo vigor al lenguaje, renovándolo desde sus raíces. Por ese caudal de palabras que iban señalando caminos no explorados, pudo el surrealismo encontrar un terreno propicio para sembrar las semillas de su imaginación. La Argentina fue una de las primeras naciones americanas que recogió el reto. Un reto que continúa teniendo su vigor, como lo demuestra la poesía de Carlos Barbarito. En la confluencia entre el romanticismo, el modernismo y el surrealismo, sus poemas van expresando un mundo que a ratos nos comunican un sentimiento de desasosiego: *un bufón que no hace reír a nadie....ala de ave sin el ave/puesta en un plato...sábanas vacías que nos aguardan...muslo de niño traspasado por el filo de su*

*sombra...catedrales vacías o inundadas/de leche y miel bebidos/por animales y niños sedientos....árbol arrancado antes de ser árbol...*Baste con estos ejemplos para darnos cuenta que nos encontramos frente a una poesía que maneja diversos discursos de procedencia romántica, pero insertados dentro de un mundo donde lo absurdo –tan vigente en estos tiempos que corren- comienza a jugar un papel preponderante. Si un poeta del siglo XIX se trasladara a nuestros días, sentiría en los poemas de Carlos Barbarito resonancias familiares, mientras que a un surrealista el muslo de un niño traspasado por su sombra, le evocaría las andanzas de Maldoror. O sea que la modernidad continúa activa en sus versos, sin que por ello tenga que romper con una tradición que se mantiene aún relevante a través del surrealismo. No podemos entonces comunicarle al lector que en estos poemas va a encontrar versos azucarados para ser leídos en una tarde lluviosa. Por el contrario, la poesía de Carlos Barbarito lo conducirá a otras regiones donde los días son de vinagre, las aguas se quedan sin substancia, el paraíso es algo frágil que se disipa, o que alguien mañana se quedará ciego. La apertura del lenguaje de este poeta hacia los sentimientos y la imaginación, pone en evidencia la liberación de lo reprimido en el lugar de las apariciones. Todo lo que aparece nos despierta de los falsos sueños, para introducirnos en los verdaderos que sólo los videntes saben conjurar. Tenemos noticias porque así los primitivos nos han hecho saber, que existió un tiempo primordial, donde el mundo estaba gobernado por otras leyes. Los pocos que han podido rescatar algo de ese mundo perdido, son los poetas, especialmente los surrealistas. Sus leyes son las que les dicta la voz guardada –como ecos de otras voces remotas- en los espacios de adentro, que un Henri Michaux había visitado.

Para la comprensión de un discurso poético es necesario utilizar lo que Aimé Césaire bautizó como *las armas milagrosas*. El escueto relato de su pasado, nos brinda un telón de fondo sirviéndonos para abrir el escenario donde van a aparecer las imágenes de Carlos Barbarito. Hacen falta los milagros cuyas armas no dejan en paz a los raciocinios fríos, para *comprender* su poesía. ¿Comprenderla? ¿Acaso lo huidizo de sus seres mezclados por el azar requieren comprensión? Más que comprenderla se trata de *conocerla* en el sentido bíblico del término. Las palabras, como decía André Breton, hacen el amor. Debemos pues conocer antes que comprender la trama que sus poemas nos depara. Por otra parte, los dibujos de Mónica Goldstein representan la dimensión interior de esos poemas: no son ilustraciones pues, sino diálogos entre lo visual y lo escrito. El telón ha dejado el escenario al descubierto. Pasemos entonces a formar parte del lugar de las apariciones.

A María y Cecilia.

A Nicolás Domínguez Bedini.

*Apetecemos la verdad y no hallamos en nosotros  
más que incertidumbre.*

Pascal, *Pensamientos*, III, 2, 270.

*Agotada la penúltima instancia...*

Agotada la penúltima instancia  
queda una conversación en un café remoto,  
sumergido. Un diálogo desilusionado  
sobre un tigre arrojado al desierto, la luz  
de un fósforo en una amplia habitación  
sin ventanas, dos cuerpos  
que se niegan y no se desvisten  
mientras hasta el blanco se vuelve incierto  
y todos los ruidos se convierten  
en un único e interminable ruido.  
Agotados el temblor de los azahares,  
el ir y venir de las hormigas,  
la mudanza de carne a espíritu  
según el dominio del aire  
o del fuego, resta una charla postrera  
e insular entre dos sombras  
surgidas de pronto de ninguna música  
y belleza, empeño de cazador  
tras una presa que se esconde  
o, tumbada, se seca, cerca del sol  
y lejos de su consuelo.

*Desde su cuerpo o sombra actual...*

Desde su cuerpo o sombra actual,  
habla sola y sin descanso.  
Sabe que hablarle sin tregua a ninguno  
trae una sed que el agua no sacia,  
pero, para ella, no hay otro modo de hablar  
cuando de cada árbol  
sobrevive sólo una corteza seca  
que ya ni espera la piedad del rayo.  
Habla sin predecir esto o aquello,  
sin augurar calamidad o abundancia,  
sin atender al significado de cada palabra,  
habla por el mero hecho de hablar,  
para atenuar el silencio,  
para mitigar un poco el vacío.  
Pero, lo sabe, no hay otro modo de hablar  
cuando todo se volvió de pronto remoto y ajeno  
y queda nada más que ceniza  
en la que se hunden  
noticias de soles, de hogares, de besos...

*No recuerda quién es. Del día...*

No recuerda quién es. Del día  
las horas se apilan  
como maderas húmedas  
en un depósito oscuro e ignoto.  
Del ave perdura sólo el espolón,  
una tibia. Del cincel,  
el desleído eco, lo fijo e inefable.  
No recuerda si ayer  
ardió el carbón, si el aire  
registró una mínima oscilación,  
si la aguja se movió  
un poco más allá del cieno,  
el artificio. ¿Qué  
pudo engendrar la noche de anoche,  
papel de seda contra el metal inmutable?  
¿Qué pudo traer el alba,  
siquiera un reflejo,  
un fermento, un perfil a contraluz?  
Se esfumaron, de repente,  
ante sus ojos, el diseño,  
las caras, los lugares vistos  
y entrevistos, la huella hacia el número,  
el puerto, el giro de la peonza,  
la espera por el rayo, el metrónomo.  
¿Habrà hoja de limón  
o cerezo al borde de la cama,  
en el futuro, improbable despertar?  
¿Por qué el despojo,  
el clavo en el alma del péndulo,  
la súbita elevación  
de lo que carece de porvenir, de oficio?

*Y yo, ¿qué llevo, oculto, dentro de mí..?*

Y yo, ¿qué llevo, oculto, dentro de mí?

¿Un pez ciego, aplastado por el peso,  
solo en el abismo? ¿La piedra  
de la locura, un jardín devastado,  
una presa que huye del depredador  
o del fuego, un bufón  
que no hace reír a nadie?

¿Un oscuro drama que persiste,  
clavado con clavo de bronce,  
una antigua risa que no alegra,  
un ala de ave sin el ave  
puesta en un plato?

¿Qué llevo, qué contengo,  
qué me habita? ¿Por qué  
el día con su noche  
me imanta hacia la grava,  
lejos de toda belleza,  
los cien soles, las nebulosas?

*Entre nosotros y el cielo o el infierno no hay más que la vida,  
que es la cosa más frágil del mundo.*

Pascal, *Pensamientos*, IV, 349.

*A la pregunta no responden...*

A la pregunta no responden  
aquellos que debieran responder  
desde el fino apetito,  
la conciencia calibrada  
a un palmo por encima de la tierra.  
Cómo decir blanco  
sin quedar desnudo ante desconocidos,  
cómo decir negro  
sin lastimar lo que apenas admite roce.  
En qué lengua hablar.  
En qué medida esa lengua  
alcanzará oquedades, jorobas, ardores.  
Cómo entablar diálogo,  
cómo inquirir acerca de pulsaciones  
y destellos, la manera  
en que el mundo se dispone  
para que brote una flor  
y en la flor se hagan el color y el perfume.  
Hay todavía más. Y más.  
Tal vez no alcance para contenerlo  
cuanto hay a mano, lo ancho  
y profundo, lo advertido  
y lo ignorado, cuanto  
vibra, fluye, se tensa, sube o se precipita.  
A la pregunta, el aire fijo,  
la llave de paso bloqueada.  
Hacia la luz una polilla,  
choca una y otra vez contra la lámpara;  
a cada golpe el tiempo  
hunde un poco más su aguja,  
avanza a través de la carne  
hacia el nervio central, la médula.

*Qué eficacia tienen el perdón, la piedad...*

Qué eficacia tienen el perdón, la piedad.

El andén desde donde supe partir  
es barrido ahora por el viento -arrastra  
papeles, colillas, no mucho más que eso-

Qué contiene bajo su ala cada hora del día  
y de la noche, no consigue

alzarse del suelo hacia éste u otros soles;

una vez nos fue concedido un nombre

y por ese único nombre nos llamaron,

luego vino el olvido, después del enésimo plato

en la cena de las cenizas

cuando lo vasto se volvió breve

y lo breve se convirtió en infinito.

Qué perdón para la casa y quien la habita,

qué piedad para el que anda ciego

bajo las lluvias de estrellas;

como animales nos guiamos por el olor

y cuanto huele, a leche o a sangre,

en vez de orientarnos nos extravía.

Qué revelación esperar, qué chispa en el cobre.

La palabra metida en una ampolleta

guardada bajo cien llaves:

en qué momento hablar,

en cuál hacer silencio

para oír, antiguo e inmenso, el mar.

*Bebe lo que hay de luz en la penumbra..*

Bebe lo que hay de luz en la penumbra.

Come panes de aserrín, de ceniza  
mientras oye caer, en un agua remota,  
otro imperio, una estrella.

*Pude ser fecundo -piensa-;*

pudo el mundo sostenerse  
por si mismo en el vacío perfecto,  
pero se apoya, por cansancio,  
sobre un cansado elefante.

Pudo ser fecundo,

lustral, exacto, propicio,

aireado, expresivo,

voz en el centro del coro,

perfil nítido, hasta miel púrpura,

oleaje profundo, oro.

Encuentra alivio, un poco.

En un hueco cálido donde cabe,

por un momento, apretado,

como un nonato, contra si mismo.

*¿Se detendrá la madera en su avance..?*

¿Se detendrá la madera en su avance  
para ser un día cristal,  
lobo y ballena interrumpirán su beso  
y reposarán, lejos uno del otro,  
arrojados a la conciencia  
de ser diversos modos de la Especie?  
Entonces qué el nudo se desate,  
la honda espera se apague,  
un gran trueno sepulte las voces:  
*celosía, sierpe, plumón, estampa, serpentín...*  
¿La mano pesará como un muerto,  
la punta tajaré hacia el lado ciego,  
quién no se vaya igual se despedirá,  
adelante ninguna sinfonía,  
borrado el pentagrama, roto el instrumento?

*Humo, hojas, humo de las hojas...*

Humo, hojas, humo de las hojas  
que ardían, en el mediodía fugaz, eterno.

Allí, entonces, dijiste y dije,  
como si el último juicio se acercase  
y quedara sólo una última instancia  
antes del trueno y la trompeta.

Dijiste: *Todo esto es un mal sueño,*  
*muslo de niño traspasado por el filo de una sombra.*

Dije: *Pero, ¿y la huella de los pies*  
*en el barro, las tazas llenas*  
*que nos aguardaban, las sábanas vacías,*  
*que nos aguardaban, horas*  
*en que, húmedos y desnudos,*  
*fuimos el reverso del ángel,*  
*el anverso de la centella?*

*...y el Sueño no se acuesta nunca,  
sino que camina con ojos feroces,  
implorando al Tiempo.*

Oscar Wilde, *Balada de la cárcel de Reading*.

*Sucede. En la llegada o la partida...*

Sucede. En la llegada o la partida  
(¿de qué otra cosa se componen  
los días?), en la desnudez,  
cuando no nos acercan ni un pronombre,  
ni una lámpara, pero también  
cuando andamos vestidos  
y cruzamos el jardín *—a salvo,*  
pensamos-. Sucede.  
En el agua del delfín,  
en el agua que sueñan los sedientos,  
en la tierra de las semillas  
y las cenizas, en la tierra  
donde el lobo conversa con su sombra.  
Acontece. Sucede siempre.  
Aunque el perro arañe la puerta,  
suene música de órgano,  
la noche se cierna sobre los aleros,  
la sábana se convierta en sudario,  
el gallo se olvide de anunciar el alba,  
un dios, cualquier dios,  
un patético remanente del que fuera,  
anuncie un nuevo diluvio,  
con desgano, sin que ninguno lo oiga.

*Debe existir un modo, una forma...*

Debe existir un modo, una forma  
de recoger lo perdido,  
de apropiarse de todo aquello  
que devino externo, separado.  
Pero, cómo superar lo que uno es,  
la bruma que uno es,  
la vaguedad que a uno lo habita.  
Cómo, me pregunto,  
tornar sólido lo que el día licua  
mientras paso, como tantos otros,  
de la luz a la sombra  
y de la sombra a la luz  
mientras los pájaros anidan  
en techos que la lluvia y el viento,  
inexorables, desgastan.  
A la voz acude una gota que cae,  
un párrafo difuso,  
un humo que oscurece el vidrio,  
un sabor neutro, sin espesor, en la boca.  
Debe existir, en tierras lejanas y altas,  
otra manera de calzarse,  
de abrir la puerta,  
de correr la cortina para ver el cielo,  
de dormir, soñar y despertar.

*Tal vez toda la luz del mundo...*

Tal vez toda la luz del mundo  
sea sólo el reflejo de un sol entre nubes  
contra el cristal oscuro de un cuarto vacío;  
quizás el que, en busca de agua,  
cava tras la orden del rabadomante  
no guarda dentro de sí  
más esperanza que aquella que se quita,  
pliega su vestido sobre una silla,  
y espera cada día la llegada del desconocido  
en una casa plantada en el desierto.  
¿Y la constante mudanza  
de la piel y las plantas,  
la hora en que a tientas la beso y la penetro,  
el tosco florero vacío  
ante la colmada vastedad de la muerte,  
el vuelo de la polilla de cuarto en cuarto?  
Ahora que la hija del sueño se consume  
y un único pájaro canta  
desde el borde de una larga rama inclinada,  
quema la lágrima y el río  
no se convierte en mar ni lo que hablo  
en idioma exacto y puro.

*Éste, el lugar de las apariciones: fugaces...*

Éste, el lugar de las apariciones: fugaces  
reflejos en el barniz y la laca,  
la porcelana; aquí, por un instante,  
lo que fuera carne y sangre,  
al alcanzar el presente,  
pierde materia, consistencia  
y se vuelve incorpóreo, efímero.  
¿Qué se refleja? En el barniz,  
rostros: vistos o imaginados,  
en la penumbra, iluminados  
por una lámpara, amados  
y odiados, aborrecidos y deseados;  
en la laca, cuerpos: desnudos  
y vestidos, quietos y en movimiento,  
de pie, tendidos entre ramas,  
hojas muertas, sobre la playa,  
bajo la lluvia; en la porcelana,  
ojos: los que miraron crecer el mar,  
el ascenso de la luna,  
la gota de sangre en el pañuelo,  
el camino de polvo hacia ventanas purpúreas  
o árboles derribados,  
catedrales vacías o inundadas  
de leche y miel bebidos  
por animales y niños sedientos.

*Y atareado de sombras y motores...*

Y atareado de sombras y motores,  
empuja bala de éter por entre los números perfectos que pulsan,  
los muslos que aspiran ser blancos, musicales.  
En el fondo de la lámpara arde la última gota que no se consume.  
Y gravita un Sí por encima de la roca en circo que se niega.  
Pero, ¿debajo de qué desnudez aparecerá por fin el vestido?  
¿de qué lado del paisaje surgirán lágrima y pétalo,  
agitado friso tras la huella del musgo?

*Digo motor de belleza y es, apenas...*

I

Digo *motor de belleza* y es, apenas,  
una cuantas hojas secas, en desorden,  
pongo el foco en el constante vacío  
de espalda y muslo y digo *deseo*,  
*espesa sed tendida más allá del humo*  
*y la niebla*. Digo *viento*  
y es aire quieto, y también digo  
*algodón, seda, terciopelo*  
y sólo se pasea, de polo  
a polo, el desnudo.

II

Un temblor en la hora ciega.  
Un *no pude* inscrito en una ventana  
que no da a parte alguna (lejos,  
más allá de certeza y constancia,  
un animal echará por su boca la espuma.)  
Un árbol arrancado antes de ser árbol.  
Una hoja sin dorso ni nervadura.  
Un tránsito inmóvil, de sombra a sombra.  
¿Qué pasó? ¿Un error, una falta grave  
como un tajo en el cielo,  
una linterna que alumbró  
la arruga del verbo y no su nudo?

Mi Valéry

I

No hay figuras, hay palabras.  
Y aquí despunta tanto el misterio  
como el vicio que, para siempre, somos.  
Y somos orgullo, pero de llave  
que cree abrir y se miente a sí misma  
y miente al que la usa.  
No hay cabal comprensión,  
resuelta nebulosa de geómetra,  
hay estigma, sinrazón, magia barata  
que falla en el instante  
de extraer flores del sombrero.  
Quizás haya algún tipo de nobleza,  
de fe, pero torpe y ciega,  
animal pequeño que teme al fuego  
y no huye, permanece  
con los ojos fijos en las llamas.  
Tal vez haya una piedra luminosa  
en el otro extremo de la soga.  
Un mar más o menos puro.  
Un esbozo de cuerpo, al menos,  
y no una sombra.  
Sonidos que se oponen  
unos a otros, que pugnan,  
que chocan unos contra otros  
produciendo chispas,  
o se funden, copulan,  
tienen precaria descendencia.  
Acaso sólo sea esencial la oscuridad  
y no la luz, el devenir  
y no lo que guardamos entre las manos,  
lo que se calla y no lo que se habla,  
lo extraño y no lo afín,  
el casco que golpea la grava  
y no la música, o lo que creemos música,  
que al ganar el alma pierde la carne.

## II

Pero, ¿qué es nuestro,  
verdaderamente nuestro?  
Tiene que haber algo más allá del silencio,  
el olvido, el manto de cenizas,  
los restos que arrastra el agua de lluvia.  
Algo más allá del frío,  
del ripio, de la fatiga,  
de la fiebre sin mal aparente,  
de las lágrimas sin objeto ni razón.  
Ahora me pregunto, le pregunto:  
¿hubo un tiempo en que fuimos  
actos y formas, cuerpos nuevos,  
seres mezclados por el azar,  
entre fluidos y vértigos?

### III

Que se comprenda o no,  
no importa. Que  
se entienda por límite  
lo que es superficie,  
o viceversa, no importa.

Que sea infiel,  
esquivo, contradictorio,  
incierto, no importa.  
Críptico, escondido,  
pendular, oscilante,  
que en vez de hablar gima,  
murmure, tartamudee,  
sea ininteligible,  
incomprensible,  
tarot, hechizo, conjuro.

No importa.

Que exorcice y no medique,  
fermente cuando todo le exige reposo,  
contenga y no expulse,  
expulse materia ambigua,  
indeterminada,  
no importa.

¿Importan la náusea,  
el relámpago, el horror,  
el caos, el desierto,  
el error, la demora,  
la prosa, la lastimadura.  
la fonética?

#### IV

Mañana, una estrella  
alumbrará para sí misma.  
Todo lo escrito se borrará.  
Ningún remedio sanará  
porque será un mal sin causa,  
todo efecto. El que coma  
encontrará salobre el pan y amargo el vino.  
Polvo sobre la mesa,  
en el suelo, en las paredes.  
Moho. Pensará vanidad el animal acostado.  
El cobre será cobre  
y no amor, soplo, chispa.  
Mañana uno de los dos se quedará ciego.

*Si un animal hiciera por espíritu lo que hace por instinto para la caza y para advertir a sus camaradas que se ha encontrado o perdido la presa, mejor hablaría de cosas más afectas a él, como para decir: “Roed esta cuerda que me lastima, donde no puedo alcanzar”.*

Pascal, *Pensamientos*, III, 2, 260

*¿Qué busca el pez en el fondo? Revuelve...*

¿Qué busca el pez en el fondo? Revuelve  
con su trompa el barro. ¿De qué luz  
dispone, allá abajo? ¿De qué luz  
dispone si hasta allá abajo no llega  
ni un poco de luz? Escarba,  
en lo profundo, en lo oscuro,  
en el silencio. ¿Qué busca,  
qué cosa busca, allá  
en el fondo, sin luz que alumbre,  
donde no se sabe si es día  
o noche, bajo  
el peso del mar que lo aplasta?  
¿Tiene ojos? ¿No los tiene,  
es ciego? Revuelve,  
escarba, en el barro.  
¿Qué busca? ¿Busca algo?  
¿ O sólo es costumbre,  
acto mecánico, sin sentido?  
En un lado de la tierra  
anochece: se vacía cada vaso  
y no queda agua para ser bebida,  
del otro lado, amanece:  
la amada se disuelve  
ante los ojos del amante;  
allá abajo, lejos,  
revuelve el pez en el barro,  
en lo oscuro,  
bajo el peso del mar,  
bajo el peso.

*¿Hubo un antes del ciervo y su cuerno..?*

¿Hubo un antes del ciervo y su cuerno,  
la sangre clara o sombría, el lazo  
en el cuello del que huye, el ojo de la tormenta,  
el perfume de la anémona? ¿Un antes del ardor,  
del cabello revuelto, el iris, el No, el malentendido, la ciénaga,  
la cresta del ave, el idilio, la torpeza, la vacilación, el encanto?  
¿ Un antes del asilo, el polvo, el dardo cerca del blanco,  
la turbación, el óxido, la curva, lo traslúcido,  
el perdón, el destierro, el ojo herido, el ocaso, el sonido?  
¿ Un antes del velo, el velamen, la letanía, el letargo,  
el juicio, el árbol, el agua encrespada o lisa,  
la pérdida, la adoración, la quietud,  
las cintas sueltas al viento, la abstracción, la miseria?

¿Hay un ahora? Y, si lo hay, ¿qué contiene, exhibe, revela, expulsa?

*¿Al final del asunto siempre es la muerte? ( un perro piensa luego de leer un verso de Anne Sexton)*

¿Al final del asunto siempre es la muerte?  
Anne, tiene que haber otra conclusión  
para este interminable husmear por basurales,  
por caminos cubiertos de hojas secas. ¿No la hay?  
Tal vez tengas razón. Cada noche  
debo yo aullar como lobo  
aunque aquí no los haya  
y yo jamás haya visto un lobo.  
Se hará, entonces, la hora  
y deberé enfilear el ladrido para nadie,  
en lo oscuro. Ninguno  
me oirá, no habrá ni la luz de un fósforo.  
Entretanto, dormiré y despertaré,  
como todos, y, como todos,  
cada mediodía, morderé el hueso antes de tragarlo.  
¿Hubo alguna vez un Oído,  
una Claridad? ¿Y el paraíso  
prometido a los cuadrúpedos,  
los grandes árboles  
dispuestos a ser eternamente orinados?  
Al final, me pregunto,  
¿una rápida visión sin mucho detalle  
y luego, casi de inmediato, nada?  
Si es así, que nos mate la perrera  
un instante antes, ahora mismo.



*Un diente perforado a la luz del ojo nocturno...*

Un diente perforado a la luz del ojo nocturno  
y, entre los pliegues, una bondad que no ofrece respuesta.  
Quizás una mosca sobrevuele lo que queda;  
yo ahora la aparto de mi boca  
y la ola me devuelve confuso a lo que creía polvo.  
Mi hermano no vino. Quedó  
allá, donde se acumula la hierba vomitada por las bestias.  
Se hieló su mano lejos de la mía  
y ningún vertedero o máscara lo sostiene.  
Se pudre la pregunta en la orilla desierta.  
Se agita el sueño en su inútil marchita pompa.  
El viento barre los últimos restos.  
No habrá carro dorado, especie en manada,  
cabeza que no se incline hacia lo efímero.  
Y divaga en su sana demencia, obscena,  
por el aire de mi aire, la evidencia.

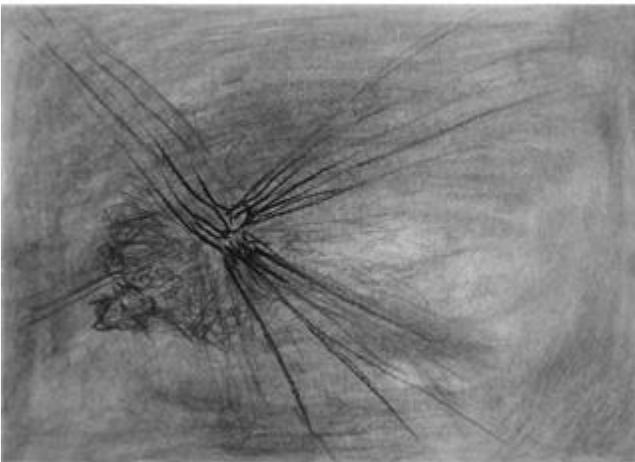
*No clama por la luz del día, las sombras... (Rinoceronte)*

No clama por la luz del día, las sombras  
de la noche. Las engancha  
con su cuerno y se las lleva consigo  
hacia el barro y el agua,  
donde permanece. En su negra  
y curtida pesadez, de algún modo,  
medita y son la playa  
a la que acuden las bandadas  
y los cambiantes reflejos  
en la turbulenta superficie  
los objetos sobre los que se reflexiona.  
Se sumerge, reaparece.  
Yo lo observo desde la orilla.  
A través de sueños e imaginarios espejos,  
llego hasta él y con él soy uno  
que se hunde en lo que se adensa y varía.  
Luego vuelvo a alejarme,  
siento, con más fuerza que antes,  
que nada puedo ante reflejos y bandadas,  
que el aire al que regreso  
es más ominoso y espeso  
que el lodo en el que habita.



## Paramecio

Moho en la escayola,  
eso vi con mis ojos humanos  
sin saber que, sin ojos, también me veías,  
allí guarecido, desde tu condición  
de penúltimo componente de la escala.  
La lluvia, mañana, dentro de un rato,  
lo borrará todo, el moho y también mi casa.  
Y entonces no quedará nada  
capaz de contenernos vivos,  
uno en un extremo y otro en el extremo opuesto,  
sí, pero del mismo hilo.



*Cobra. Mamba negra. Víbora de Russell...*

Cobra. Mamba negra. Víbora de Russell.

Amanita muscaria. Amanita phalloides.

Hierba mora. Buccino. Morena. Viuda negra. Escorpión.

Tarántula. Abeja melífera. Oruga gato. Avispa.

Lamprea. Salamandra. Sapo. Medusa.

¿Quién osaría comerlos,

dejarse tocar, picar, morder por ellos?

Nadie. No parece haber para ellos bendición alguna.

Perduran al sol, bajo la lluvia.

No sienten, ni tienen culpa.

Y, tal vez, porque todo es intricado y secreto,

de algún modo, por ellos, y no por nosotros,

el cielo se azula, el día se hace.

*Trabajar por lo incierto; viajar por mar;  
pasar sobre una tabla.*

Pascal, *Pensamientos*, III, 3, 307, 4º

*¿Qué somos ante el agua?*

¿Qué somos ante el agua?

(regresa para recuperar lo que le fuera arrebatado.)

¿Qué somos ante el fuego?

(avanza y lo juzga todo.)

¿De quién la pulpa de la fruta

cuando pende sin testigos de la rama más alta?

¿De quién el día perfecto, la noche exacta,

el círculo, la piedra sin falla,

lo inexpresable, lo último y más secreto?

¿Quién es señor del agua,

patrón del fuego, capitán del aire

cuando es viento contra los árboles?

¿Y este perro que ladra a la belleza,

que muerde su espesor y su sustancia,

este hombre que siembra en el barro,

descalzo y solo bajo un sol indiferente?

¿Qué somos cuando sólo hay sal y sangre,

sombras de bromo en largo cortejo,

luces submarinas, frágil paraíso que se disipa?

*Si de otra materia fuéramos. Pero no...*

A María García Pérez

Si de otra materia fuéramos. Pero no,  
un esmalte al que la menor vibración hace mella;  
bajo la fina capa, lengua, sexo y garganta.  
Un punción hacia el primer sueño  
la última sílaba, hasta el instante preciso  
en que, desnudos y urgidos,  
dejamos de ser ángeles, animales.  
De otra medida, otro espesor.  
En el hielo, en el fuego, en el aire y el suelo.  
En riqueza y despojo, hoy y en la víspera.  
En lo que abre la llave y en lo que la llave cierra.  
Otro dolor y otro goce. Más allá  
de las marcas de las azadas,  
las huellas de los zapatos,  
donde cada acto concluye en divorcio, en lastimadura.

*Qué somos al final de los días, cuando...*

Qué somos al final de los días, cuando  
cada cosa enmudece y se encoge.  
Nadadores, tal vez, pero en un agua  
que se va quedando de a poco sin sustancia.  
O, tal vez, lectores del Gran Libro  
del que, pese a cuidados y afanes,  
nos salteamos párrafos enteros  
y de su contenido, que todo lo abarca,  
apenas si vemos un perfil, un vislumbre, un recorte.

*Si le acercaran un cobertor, un bálsamo...*

Si le acercaran un cobertor, un bálsamo,  
un capítulo sin dolencia ni crispación,  
un vientre de recobrada pubertad,  
una espalda blanca capaz de soñar y despertar  
sobre el lado celeste de la piedra,  
sobre el lado terreno de la lluvia.

A qué nacer con sal en lo lastimado,  
con lenta muerte que el dolor devana;  
a qué acudir en días de vinagre,  
de gusano perforador del pan,  
de cuartos rotos, de horas harapientas  
en los que la única rueda que gira  
es la que mueve el cobayo,  
en los que la única visión  
es la de escarcha a la que nada raspa ni conjura.

Lo sé, qué lejos, ahora, su mínimo alimento.

Qué cerca, ahora, su hambre infinita.

Si le procuraran una voz repujada,  
una sólida viga en su techo,  
un renovado despertar  
con vista al amor, el alba, los gorjeos.

*Pero, ¿qué me acaricia cuando no hay mano alguna a la vista?*

Pero, ¿qué me acaricia cuando no hay mano alguna a la vista?

¿Qué silba cuando en mí no queda música alguna?

¿Qué me trae relámpagos cuando no queda ni aceite en la lámpara?

¿Qué me hace leer la palabra cigüeña en el diccionario

para que sea posible la cigüeña de carne y hueso?

¿Qué me ofrece materia cuando reina lo invisible?

¿Qué traba la puerta cuando duermo?

¿Qué la abre cuando despierto?

¿Qué trae el remiendo cuando mi saco se rompe?

¿Qué me empapa cuando hay sequía?

¿Qué me levanta de los cabellos

y me transporta más allá de la primera señal, el primer indicio?

¿Qué me perdona cuando no hay perdón

ni para las larvas, los dementes, los jardines?

¿Qué corrige ya las faltas de ortografía en mi poema último,

ese que leeré con otros ojos, desde otra parte?

*Dónde buscar lo que imanta...*

A Virginia Woolf

Dónde buscar lo que imanta  
a hombre y mujer sino en la gota  
de agua de lluvia que resbala por el vidrio;  
dónde encontrar el arriba y el abajo,  
la sanidad o la locura, si cada cosa parece ser máscara:  
los pájaros del jardín que hablan griego,  
la puerta que se abre para que surja el tigre,  
la flor que cae, el frío seco y el cielo gris,  
el perro se convierte en hombre  
de espíritu orgulloso y burgués,  
las mariposas nocturnas  
que se posan sobre flores plateadas, en pleno día.  
¿Y la muerte? En el vientre,  
de pronto, un dolor de parto pero imposible,  
cualquier rostro entre los rostros  
se revela desnudo y se vuelve atroz;  
cómo narrar esa falta de luz,  
ese abismo todo gravedad  
del que nada ni nadie escapa  
y en cuyo centro arden, desfigurados,  
espesor, prosa, relámpago.

*¿Y entonces, por qué vía, a lomo de qué idea?...*

¿Y entonces, por qué vía, a lomo de qué idea?  
¿Hasta dónde y a partir de allí  
qué ramajes, temblores, consuelos?  
¿Esperar el gesto del dios escondido en cada cosa,  
su caprichosa acción ajena  
al constante movimiento de tensores y poleas?  
¿Por qué, entonces, florece en su hora  
y en su hora lo florecido se marchita?  
Por bosques de sueño y sangre,  
de un lado la dolencia y del otro, su aparente cura,  
demasiado ataviado para la muerte  
y demasiado desnudo para la vida,  
mientras crecen las preguntas  
como hierbas en una tierra ablandada por la lluvia.

Octubre 5, 2009.

*Podría decir esto fue todo...*

Podría decir esto fue todo ;  
qué fácil sería entonces para el fuego,  
ardería desde la carne hasta los huesos,  
qué fácil sería para el hielo,  
helaría hasta la mínima sombra,  
el más fugaz de los reflejos.  
Podría olvidar ni nombre,  
perder la memoria, quitarme las ropas,  
cambiar el idioma por el aullido,  
dejar que el viento me arrastrara  
hasta el fondo más oscuro;  
qué difícil sería entonces para el árbol  
sostenerse sin raíces,  
qué difícil para el deseo  
desear sólo la niebla, el humo, las cenizas.

*Es momento de desnudez, de aire limpio...*

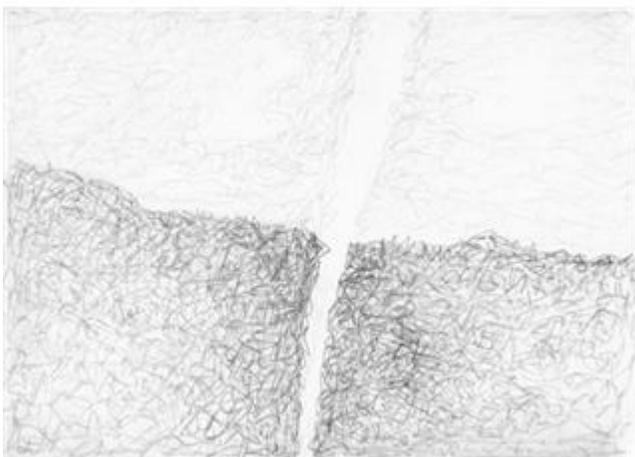
Es momento de desnudez, de aire limpio,  
de sueño enfilado hacia Amberes, Abisinia,  
la pulcra aventura con filo preciso,  
de cuchillo o diamante; nítida ocasión  
para el corte exacto, la herida dulce  
que no sangra en el pie de toda criatura.  
Yo mismo soy, ante la noticia,  
mítico deslizamiento hasta lo ancho sumergido,  
teatro sin tragedia, relámpago sin catástrofe,  
uno más en el cortejo primero o último  
que va de celeste a celeste sin dejar la tierra.  
Te miro ahora desvestida y no te temo.  
Desde arriba lo prometido se curva.  
Lo que cae silba y lo que asciende sopla.  
Sin saber todavía la medida exacta,  
el peso exacto de lo que somos despojado de sombra,  
de pasado inútil, de inútiles trabajos,  
podemos, sí, por fin, ser casi semejantes  
a lo que cuelga en el extremo de la rama,  
rojo por fuera y blanco por dentro, ¿maduro?, el fruto.

*De cuando la serpiente tuvo pies...*

De cuando la serpiente tuvo pies.  
Y tuvieron alas las pesadas bestias de la tierra.  
Un ojo para el crepúsculo, cintas y bayas,  
otro ojo para el desnudo, despierto o dormido.  
De cuando era blanco y preciso,  
duradera chispa en la punta de la espina.  
Pavesa en la inminencia de una boda.  
Allí la lámpara, en pleno día.  
Y la anchura, el pulido, la extensa gama,  
una revelación de a gotas  
desde un cielo de grasa pura.  
Reunión de melodía y pulso,  
ni ascenso ni descenso,  
ni necesidad de casa,  
amplios coros en lenguas  
dispuestos en círculos concéntricos  
y ataviados en desnudez para epifanía y boda.  
Todo, en un momento, aquí y ahora,  
por el solo hecho de su cuerpo.  
Su fulgente respiración que no se agota.

*El agua, de arriba y de abajo, se reúne...*

El agua, de arriba y de abajo, se reúne,  
entre alas y ramajes, dispuesta a ser bebida;  
el barro, que acabará siendo fruto,  
todavía dormita indiferente al borde del camino.  
¿Qué vibra en la hierba, qué se ciñe  
al grosor de la antigua profecía en tubo,  
fino conducto abierto en la trama  
de tierra y cielo, suma de fronda y bandada?  
¿A qué llamar hermoso, a qué erróneo,  
dónde sopla el Este, con qué retardo o premura  
si el viento parece venir de todas direcciones  
y, en su espesor y altura, algo parecido al sueño  
que no es sueño, nudo que se corre  
hacia una perfección pura y en pleno camino,  
sin una razón aparente, se desata?  
Ocre, luego púrpura, rojo violáceo, tinta del molusco  
hervida entre futuros paños que ya se agitan  
como ya se tumba, entre destellos, tu rostro,  
a la vez desnudo y críptico,  
súbita caída celeste, escombros de estrella.



*Presiente. El aire se hará carne...*

Presiente. El aire se hará carne  
y el insomne, por fin, se quedará dormido.  
Se sumergirá entonces la partitura  
y del fondo surgirá, levemente atonal, el sonido.  
Anhela. Cava en el corrector hasta la errata.  
Sombra luminosa el error.  
Aferrado a su cuerno, mira.  
Escombros nutricios lo antes despreciados.  
Sale. Relámpago que dura:  
el mundo resiste en el nudo de la madera,  
en la proa alquitranada,  
en el apretado cordaje, en la médula y la espalda de la tormenta.  
Llega. En el momento en que la nave cabecea  
y un pájaro marca con su saliva  
de principio a fin la bitácora.  
Ojo y mano tendidos hacia adelante  
donde se eleva, más allá de la niebla,  
envuelto en variables llamas, un teatro.